

rages ni los unos ni los otros se cubrían cosa alguna. Los caciques y principales en ostentacion de dignidad traían á los hombros mantos de algodón. Todos se pintaban el cuerpo con el zumo de la bija ó con tierras de color, principalmente cuando salían á las batallas; se adornaban las cabezas con penachos de plumas, las narices y orejas con caracolillos vistosos, los brazos y piernas con brazaletes de oro. Dejaban crecer el cabello que se tendía libremente por la espalda, y por delante le cortaban sobre las cejas con pedernales. Preciábanse mucho las mugeres de la hermosa y firmeza de sus pechos, y cuando por la edad ó los partos veían que faltaban, se los sostenían con barretas de oro atadas á los hombros y sobaco con cordones de algodón. Hombres y mugeres eran grandes nadadores, y estar continuamente en el agua era uno de sus mas grandes placeres.

Sus costumbres era muy libres, ó por mejor decir corrompidas, si esta calificación puede convenir á salvages. Los caciques y señores casaban con cuantas mugeres querían; los demás solo con una. Para divorciarse no era necesario mas que la voluntad de entrambos, ó la de un consorte solo, mayormente cuando la muger era estéril, que entonces el marido la dejaba, y á veces la vendía. La prostitucion no era infamia. Las mugeres nobles tenían por máxima que era de villanas negar cosa alguna que se les pidiera, y se entregaban de grado á quien las quería, especialmente si los amantes eran hombres principales. Este gusto de libertinage las llevaba hasta la costumbre inhumana de tomar yerbas para

abortar cuando se sentían preñadas, para no perder el atractivo de sus pechos ni suspender sus placeres, y decían que las viejas pariesen, no las mozas que tenían que divertirse. Sin embargo, estas mugeres tan libertinas y sensuales iban con sus maridos á la guerra, peleaban con ellos, disparaban flechas, y morían valientemente á su lado. Otra abominacion conocían, que era la prostitucion de hombres, y los caciques tenían para sus placeres serrallos de mozos, que luego que eran destinados á este inmundo oficio, se vestían de mugeres, se ejercitaban en los menesteres que ellas, y estaban exentos de guerra y fatigas. Sus diversiones públicas se reducían á *areitos*, especie de danza muy parecida á las de algunas provincias septentrionales nuestras. Uno guiaba cantando y haciendo pasos al compas del canto, los otros le seguían y le imitaban, y entre tanto otros bebían de aquellos licores fermentados que hacían del datil y del maiz; daban de beber á los que bailaban, durando todo horas y aun dias enteros, hasta que fatigados y beodos quedaban sin sentido.

Cuando algun cacique moría, sus mugeres y los criados mas allegados á su persona acostumbraban darse la muerte para servirle en la otra vida, en los mismos términos que antes, creyendo que las almas de los que esto no hacían morían con sus cuerpos ó se convertían en aire. Daban tierra á los muertos; pero en algunas provincias luego que el señor espiraba le sentaban en una piedra, y poniéndole fuego al rededor le enjugaban hasta que quedase la piel y los huesos, y en este estado le colgaban en una estancia re-

tirada que destinaban á este uso, ó le arrimaban á la pared, adornándole de plumas, joyas de oro y aun ropas, y poniéndole al lado de su padre ó antecesor, muerto antes que él. Así, con su cadáver se conservaba su memoria en la familia; y si alguno de ellos perecía, ó se perdía en la guerra, la fama de sus proezas quedaba consignada para la posteridad en los cantares de sus areitos.

Por este bosquejo de las costumbres y policía de aquellos naturales se ve la poca resistencia que harían á la sujecion ó al exterminio, si la colonia europea llegaba á consolidarse y progresar. Habíase fundado la villa á las orillas de un río que los españoles tuvieron por el Darien, aunque no era mas que una de sus bocas mas considerables. Tenian al oriente el golfo que los separaba siete leguas de la costa y tribus feroces de los caribes, al norte el mar, al poniente el istmo, y al sur la llanura cortada por los diferentes brazos del Darien y llena toda de anegadizos y lagunas. Para un pueblo que hubiese de afianzar su subsistencia en el cultivo, hubiera bastado el valle que se forma entre las sierras de los Andes y las cordilleras menos altas que orillean la costa desde la boca principal del río hasta la punta occidental del golfo, á quien se dió el nombre de Cabo Tiburon. Este valle excelente para plantíos, y los recursos de pesca y caza que presentaban el golfo, los ríos, y los montes convecinos, eran mas que suficientes para contentar y mantener á otros aventureros menos codiciosos y mas quietos. Pero el ansia de los españoles era descubrir países, adquirir

oro, subyugar naciones, y para esto tenian que luchar no solo con los pueblos indómitos y errantes que poblaban el istmo, sino con la calidad del país mucho mas áspero y terrible que ellos. Y si á esto se añade la guerra que continuamente hacian á la salud y complexion europea el calor y humedad constante del aire y las lluvias grandes y frecuentes, se verá que solo el tesoro mas incontrastable y la robustez mas firme podian bastar á sostenerse y superar tan grandes dificultades.

En el tiempo que duraron las contiendas sobre el mando iban y venian los indios al Darien, llevaban provisiones y las trocaban por cuentas, cuchillos y bujerías de Castilla. No los llevaba allí solamente la codicia del rescate; iban tambien á espiar, y deseando que los advenidizos les dejasen libre su tierra, les ponderaban la abundancia y las riquezas de la provincia de Coiba, distante treinta leguas de allí, al poniente. Vasco Nuñez envió primero á descubrir á Francisco Pizarro, que se volvió despues de haber tenido una corta refriega con un tropel de indios acandillados por Cemaco; y despues salió él mismo al frente de cien hombres en la direccion de Coiba. Mas no hallando en muchas leguas indio ninguno ni de guerra ni de paz, yermo y despoblado el país con el terror difundido á la redonda, tuvo que volverse á la Antigua sin sacar fruto alguno de esta expedicion segunda.

Envio despues dos bergantines por los españoles que habian quedado en Nombre-de-Dios, los cuales á su vuelta tocaron en la costa de Coiba, y allí vieron venir á ellos dos castellanos

desnudos y pintados de bija, á la usanza india. Eran marineros de la armada de Nicuesa, que en el año anterior se habian salido del navío de aquel desgraciado comandante cuando pasó en demanda de Veragua. Hospedados y regalados por el cacique de la tierra, habian permanecido allí todo aquel tiempo, aprendido la lengua y examinado las circunstancias y recursos del país. Pintáronle á los navegantes como rico y abundante de oro y todo género de provisiones; y en seguida se acordó que uno de los dos se quedase con el cacique para servir á su tiempo, y el otro se fuese con ellos al Darien á dar noticia de todo al gobernador.

Bien conoció Balboa cuánto se le venia á las manos con la adquisicion de este intérprete, y así despues que se hubo informado por él de cuantas circunstancias necesitaba para conocer la gente á quien queria atacar, ordenó que se apercibiesen para la expedicion ciento y treinta hombres, los mas vigorosos y dispuestos. Proveyóse de las mejores armas que habia en la colonia, de los instrumentos propios para abrirse paso por las malezas de los montes, y de las mercancías útiles en los rescates, y embarcado en dos bergantines dió la vela para Coiba. Llegado allá salta en tierra y busca la mansion de Cáreta, que así se llamaba el cacique. Cáreta esperóle sabiendo que iba en su busca; y á la demanda que se le hizo de provisiones para la tropa de la expedicion y para los colonos del Darien, respondió sosegadamente: *Que cuantas veces habian los extrangeros pasado por su tierra, tantas los habian provisto de los bastimen-*

tos que necesitaban; pero que á la sazón nada podia dar por la guerra en que se hallaba con Ponca, un cacique vecino suyo: que nada habian sembrado, nada cogido, y estaban por consiguiente tan menesterosos como ellos. Manifestóse Vasco Nuñez, por consejo de sus intérpretes, satisfecho de esta respuesta, bien que no diese crédito ninguno á ella. Tenia el indio á sus órdenes dos mil hombres de guerra, y reputó mas seguro vencerle por sorpresa que atacarle de frente. Hizo, pues, demostracion de volverse por donde era venido; pero á la media noche revolvió sobre el pueblo, arrolló y mató cuanto se le puso delante, hizo presa del cacique y de su familia, y cargando en los bergantines cuantas provisiones habia en el lugar, lo llevó todo al Darien. Cáreta así escarmentado, se resignó á su destino y se humilló á su vencedor. Rogóle que le dejase ir libre, que admitiese su amistad; y ofreció dar á la colonia bastimentos en abundancia, con tal que los españoles le defendiesen contra Ponca. Estas condiciones no podian dejar de agradar al caudillo castellano, que ajustó así la paz y la alianza con aquella tribu; siendo prenda de ella una hermosa hija del cacique, que él presentó á Balboa para que la tuviese por muger, y él la aceptó y quiso siempre mucho.

Con esto los dos aliados se apercibieron para ir contra Ponca, el cual no osando esperarlos se refugió á los montes, y dejó desierta su tierra, que fué saqueada y destruida por indios y españoles. Pero Balboa, dejando para mas adelante la conquista, ó como entonces se decia, la pa-

eficacion del interior, volvió á la ribera del mar, donde para la seguridad y subsistencia de la colonia le convenia mejor tener amigos ó esclavos. Era vecino de Cáreta un cacique á quien unos llaman Comogre, otros Panquiaco, gefe de hasta diez mil indios, entre ellos tres mil hombres de pelea. Deseaba él, oida la fama de valientes que tenian los castellanos, tratarlos y conocerlos; y habiéndose presentado como medianero de esta nueva amistad un indio principal, deudo de Cáreta, Vasco Nuñez, que no quiso perder la ocasion de adquirirse un amigo, fue á verle con los suyos. Luego que el cacique supo que llegaba, le salió á recibir seguido de sus vasallos mas principales, y acompañado de sus hijos, que eran siete, habidos en diversas mugeres, y todos ya mancebos. Fue grande la cortesía y agasajo que usó con sus huéspedes, los cuales fueron alojados en diferentes casas del pueblo y provistos de víveres en abundancia, y de hombres y mugeres que los sirviesen. Lo que mas llamó la atencion fue la habitacion de Comogre, que segun las memorias del tiempo, era un edificio de ciento y cincuenta pasos de largo, y ochenta de ancho; fundado sobre postes gruesos, cercado de un muro de piedra, y en lo alto un zaquizami de madera vistoso y bien labrado. Dividíase en diferentes compartimientos, tenia sus despensas, sus bodegas y su panteon para los muertos; puesto que allí fue donde los españoles yieron por la primera vez secos y colgados, como se dijo arriba, los cadáveres de los abuelos del cacique.

Hacia los honores del hospedaje el hijo ma-

yor de Comogre, que era el mas discreto y sagaz de sus hermanos. Este presentó un dia á Vasco Nuñez y á Colmenares, á quienes por su porte conoció eran los gefes de los demás, setenta esclavos y hasta cuatro mil pesos de oro en diferentes preseas. Fundióse al instante el oro y empezóse á repartir el resto, separado el quinto para el rey. La reparticion produjo una disputa que dió ocasion á voces y amenazas. Lo cual visto por el indio, arremetiendo de improviso á las balanzas en que el oro se pesaba, y arrojando uno y otro al suelo: *¿Por qué reñir, les dijo, por tan poco? Si es tanta vuestra ansia de oro que por ella desamparais vuestra tierra y venís á inquietar las agenas, provincia os mostraré yo donde podais á manos llenas contentar ese deseo. Mas para ello os conviene ser mas en número de los que venís, porque teneis que pelear con reyes poderosos que defenderán vigorosamente sus dominios. Hallareis primeramente un cacique muy rico de oro, que reside á distancia de seis soles; luego vereis el mar que está hácia aquella parte, y señalaba al Mediodia: allí encontrareis gentes que navegan por él en barcas á remo y vela, poco menores que las vuestras; y esta gente es tan rica que come y bebe en vasos hechos de ese metal que tanto codiciais.* Estas palabras célebres, conservadas en todas las memorias del tiempo, y repetidas por todos los historiadores, fueron el primer anuncio que los españoles tuvieron del Perú. Maravilláronse de oirlas, y empezaron á indagar del mancebo mas noticias respecto de los paises

que decia. Él insistió en que necesitaban ser mil hombres cuando menos para subyugarlos, se ofreció á servirlos de guia, á ayudarlos con la gente de su padre, y puso su vida en prendas de la verdad de sus palabras.

A tales nuevas Balboa, exaltado con la perspectiva de gloria y de fortuna que se le presentaba delante, creyéndose ya á las puertas de la India Oriental, que era el objeto deseado del gobierno y de los descubridores de entonces, determinó volver cuanto antes al Darien á alegrar á sus compañeros con tan grandes esperanzas, y á hacer los preparativos necesarios para realizarlas. Detúvose sin embargo algunos dias con aquellos caciques; y la amistad que tenia con ellos se estrechó de tal modo que uno y otro se bautizaron con sus familias, tomando en el bautismo Cáreta el nombre de Fernando, y Comogre el de Carlos. Volvió en seguida al Darien rico con los despojos de Ponca, rico con los regalos de sus amigos, y mas rico todavía con las esperanzas hermosas que le presentaba el porvenir.

A esta sazón, despues de seis meses de ausencia, arribó el regidor Valdivia con una carabela cargada de bastimentos. Traía además grandes promesas del almirante de socorrerlos abundantemente de víveres y hombres luego que llegasen navíos de Castilla. Pero los socorros que trajo Valdivia se consumieron muy luego; las sementeras, ahogadas con los temporales y avenidas, no les prometian recurso ninguno, y volvieron á hambrear como solian. Acordó, pues, Balboa hacer correrías en tierras mas apartadas,

pues ya estaban gastados y consumidos los contornos de la Antigua, y enviar á Valdivia á la Española á hacer saber al almirante las noticias que tenia del mar del Sur y de las riquezas de aquellas regiones. Llevó Valdivia quince mil pesos que pertenecian al rey de su quinto; y el encargo de pedir los mil hombres que necesitaba, así para la expedicion, como para sostenerse sin necesidad de exterminar las tribus y caciques enemigos; pues de otro modo, siendo tan pocos les era preciso, si no querian perecer, asolar y matar cuanto no se les sometiese. Pero estos encargos hechos á Valdivia, con los ricos presentes de oro que los principales del Darien le dieron para sus amigos, se perdieron en el mar, donde sin duda fueron sumergidos el comisionado y la embarcacion en que iba, pues no se volvió á saber de él.

A la partida de Valdivia siguió inmediatamente la expedicion por el golfo y el reconocimiento de la tierra situada á la extremidad interior de él. Allí estaba el dominio de Dabaibe, de cuyas riquezas se hacian grandes ponderaciones, principalmente de un ídolo y de un templo que se suponía de oro. Allí se habia refugiado Cemaco con los indios de su obediencia, y no habia perdido el deseo ni la esperanza de arrojar de su país á los salteadores que se lo usurparon. Montó, pues, Balboa ciento y setenta hombres bien armados en dos bergantines al mando suyo y de Colmenares, y subió con ellos por el golfo arriba hasta llegar á las bocas del río. El escaso conocimiento que los españoles tenian aun del terreno y de las circunstan-

cias de aquel gran caudal de agua, les hizo creer que era diferente del Darien, y le dieron el nombre de *el rio grande de san Juan*, por su magnitud y por el dia en que le descubrieron. Pero en realidad el que bañaba la poblacion de la Antigua y aquel no eran mas que un solo rio, que naciendo á trescientas leguas de allí, detras de la cordillera de Anserma á la banda del Sur, corre casi directamente al septentrion atropellando con la impetuosidad de su curso cuanto se le pone delante. Va unido con el Cauca hasta llegar á las sierras ásperas y quebradas de Antioquía; pero divididos por ellas, el Cauca va á perder su nombre en el de la Magdalena, con el cual junta sus aguas, mientras que el Darien ceñido por las cordilleras de Abaibe mas cercanas, y enriquecido con sus muchas aguas y con las que recoge de la parte de Panamá, sigue su curso hasta llegar á las cercanías del golfo. Tiéndese allí por las llanuras formando anegadizos y pantanos; y dividiendose en diferentes bocas, que ya mas, ya menos, todas son navegables para botes, desagua por ellas en el mar, cuyas ondas endulza por el espacio de algunas leguas. Sus aguas son cristalinas, su pesca abundante y saludable. Llamósele al principio Darien, acaso del nombre de algun cacique que allí encontraron Bastidas ú Ojeda cuando le descubrieron primero: los ingleses y holandeses le han dado en los últimos tiempos el de Atrato; y con las tres denominaciones de Darien, Atrato y san Juan le designan indistintamente la historia y la geografia.

Entrados en él Vasco Nuñez y Colmenares

reconocieron algunos de sus brazos y las diferentes poblaciones que hallaron á sus orillas. Los indios al verlos venir las desamparaban ó eran fácilmente arrollados en su débil resistencia: mas las esperanzas de que la codicia española se alimentaba, no se lograron entonces; y tal cual alhajueta de oro y algunos pocos bastimentos fueron los solos despojos que consiguieron en aquella fatigosa correría. Lo mas singular que en ella vieron fueron los barbacoas de la tribu de Abebeiba. Cubierta la tierra de aguas en aquel paraje no consiente que se pongan habitaciones sobre ella, y los indios habian construido sus moradas sobre las palmas elevadas que allí crecen. Esta especie de edificios dió mucho que admirar á los castellanos. Nido habia de estos que ocupaba cincuenta ó sesenta palmas, donde podian abrigarse hasta doscientos hombres. Estaban divididos en diferentes compartimientos para dormir, para rancho y para despensa. Los vinos los tenian debajo de tierra al pie, para que con el movimiento no se torciesen. Subíase arriba por unas escalas que pendian de los árboles, á cuyo uso estaban tan acostumbrados que hombres, mujeres y muchachos andaban por ellas con cualquiera carga encima con tanta agilidad y despejo como por el suelo. Tenian al pie sus canoas en que salian á pescar por aquellos rios, y cuando la familia se recogia alzaban las escalas y dormian seguros de fieras y de enemigos.

Quando llegaron los castellanos á la barbacoa de Abebeiba estaba él recogido en ella y alzadas las escalas. Diéronle voces para que baja-

se sin miedo, pero negóse á hacerlo diciendo que él en nada les habia ofendido, y que le dejasen en paz. Amenazáronle con derribarle á hachazos los árboles de la casa, ó con ponerles fuego; y añadiendo la accion á la amenaza, empezaron á hacer saltar astillas de los troncos de las palmas. Bajó entonces el cacique con su muger y dos hijos, quedando el resto de su familia arriba. Preguntáronle si tenia oro, y dijo que no, porque para nada lo necesitaba, y viendose importunado les dijo que iria tras de unas sierras, que de lejos se descubrían, á buscarlo y á traerlo. Dejaronle ir quedando en rehenes la muger y los hijos, pero él no volvió á parecer. Balboa despues de reconocer otras muchas poblaciones, todas abandonadas de sus dueños, bajó á buscar á Colmenares, á quien habia dejado atrás, y unido con él dió la vuelta para el Darien, dejando un presidio de treinta soldados en la poblacion de Abenamaguey, uno de los caciques vencidos, para guardar la tierra y que los indios no se rehiciesen.

Esto no bastó sin embargo á contenerlos: porque los cinco régulos, cuyas tierras habian sido corridas y saqueadas, formaron una confederacion y se dispusieron á caer con todas sus fuerzas sobre la colonia, cuando los españoles estuviesen mas descuidados. La conspiracion se tramó con el mayor secreto, y los de la Antigua hubieran perecido todos á no haberse descubierto el peligro por una de aquellas incidencias mas propias de las novelas que de la historia, y que sin embargo no han dejado de ser frecuentes en los acontecimientos del nuevo mundo.

Tenia Balboa una india á quien por su belleza, y tal vez por su carácter, amaba mas que á sus demás concubinas. Un hermano de ella, disfrazado con el hábito de otros indios pacíficos que llevaban prisioneros á los nuestros, iba y venia á visitarla y á procurar su libertad. Y teniendo por segura la destruccion de los europeos, la dijo un dia que estuviese sobre aviso y cuidase de sí propia, que ya los príncipes del pais no podian sufrir por mas tiempo la insolencia de los advenedizos, y estaban resueltos á caer sobre ellos por mar y por tierra. Cien canoas, cinco mil guerreros, provisiones abundantes acopiadas en el pueblo de Tichirí, eran preparativos suficientes para conseguir lo que ansiaban; y en esta seguridad los despojos estaban repartidos, los cautivos demarcados. Dijola cuál seria el dia del asalto, y se fué aconsejándola que se retirase á parte segura para no ser envuelta en el estrago general.

No bien se vió sola, cuando de amor ó de miedo descubrió á Balboa cuanto habia oido. Hízola él llamar á su hermano bajo el pretexto de que queria irse con él; y venido, fué preso y puesto en el tormento para que declarase lo que sabia. Repitió el infeliz lo que habia dicho á la muger, añadiendo que ya anteriormente Cemaco habia tratado de dar muerte á Vasco Nuñez, y que para eso habia apostado guerreros suyos disfrazados de trabajadores en una de sus labranzas. Pero intimidados por la yegua que montaba el gobernador y por la lanza que llevaba, no se habian atrevido á ejecutarlo: lo cual visto por Cemaco, habia buscado mejor

medio de venganza en la liga y conspiracion con los otros caciques ofendidos.

Patente así todo, Balboa marchó por tierra con setenta hombres, y Colmenares por agua con otros tantos á sorprender á sus enemigos. El primero no halló á Cemaco donde pensaba, y si solo un pariente suyo con otros pocos indios que se trajo prisioneros al Darien. Colmenares fué mas feliz, porque sorprendió á los salvajes en Tichiri, cogió allí al caudillo nombrado para la empresa con otros indios principales, y mucha gente inferior. Perdonó á la muchedumbre, pero á su vista hizo asaetear al general y aborcar á los señores; quedando los indios tan escarmentados con este castigo, que no osaron en adelante levantar el pensamiento á la independencia.

Tratóse luego de enviar nuevos diputados á España para dar cuenta al rey del estado de la colonia, y de camino pedir en la Española los auxilios que necesitaban, por si acaso Valdivia no hubiese podido llegar, como así había sucedido. Dícese que Balboa queria para sí esta comision, ó ambicioso de ganarse la gracia de la corte, ó temeroso de que le hallase en el Darien el castigo de su usurpacion. No lo consintieron sus compañeros, diciéndole que sin él quedaban desamparados y sin gobierno: á él solo respetaban y seguian con gusto los soldados, á él solo temian los indios. Sospechaban tambien que, salido de allí, no querria volver á padecer los trabajos que continuamente venian sobre ellos, como ya había sucedido con otros. Por tanto eligieron á Juan de Caicedo, veedor que había si-

do de la armada de Nicuesa, y á Rodrigo Enriquez de Colmenares, hombres los dos graves, expertos en negocios, y seguidos de la estimacion general. De estos creian que desempeñarían bien su encargo y volverian; porque el uno se dejaba allí á su muger, y Colmenares había comprado mucha hacienda y labranzas en el Darien, prendas unas y otras de confianza y de adhesion al país. No siendole, pues, posible á Balboa ausentarse del Darien para mirar por sí mismo, trató de ganarse á lo menos la gracia del tesorero Pasamonte, y es probable que fuese en esta ocasion cuando le envió aquel rico presente de esclavos, piezas de oro y otras alhajas de que habla el licenciado Zuazo en su carta al señor de Chievres¹. Tambien llevaron los nuevos procuradores con el quinto que pertenecia al rey, un donativo que le hacia la colonia, y mas felices que los anteriores, salieron del Darien á fines de octubre y llegaron á España en mayo del año siguiente.

Sucedió á su partida un ligero disturbio, que aunque pareció al principio que iba á destruir la autoridad de Vasco Nuñez, sirvió á consolidarla mas. Bajo el pretexto del abuso que Bartolomé Hurtado hacia de la privanza del gobernador, se alborotaron Alonso Perez de la Rúa y otros facciosos. Su verdadero intento era apoderarse de diez mil pesos que estaban aun enteros y repartirlos á su antojo. Despues de algunas contestaciones en que hubo arrestos y animosidad bastante, los malcontentos trataron de

¹ Esta carta se verá en los apéndices á la vida de fray Bartolomé de las Casas, que se publicará en el tomo III.